

## NUESTRO FIN DE SEMANA

Ficha técnica:

Autor: Roberto Cossa

Fecha de estreno: 27 de marzo de 1964

Teatro: Río Bamba

Elenco: Beatriz Alemany, Juan Carlos Gené, Elena Cánepa, Berta Roth, Miguel Narciso Bruse, Ethel Agostino, Federico José Luppi, José Arriola, Alberto del Villar.

Escenografía: Armando Sánchez y Hugo Aguirre

Dirección: Yiraír Mossián

Clarín, 9 de abril de 1964

Nuestro fin de semana: pintura de las existencias inútiles y mediocres

En el Teatro Río Bamba se representa la obra del autor argentino Roberto M. Cossa "Nuestro fin de semana", dirigida por Yiraír Mossián, con decorado de Armando Sánchez y Hugo Aguirre.

Planteo de la inutilidad de los seres mediocres; tal podrían ser el calificativo sintético del tema elegido por Cossa para argumento de su comedia. Gente llana, de horizonte limitado, convencida de que no se puede ir más allá de lo que su miope enfoque de la vida alcanza. Tipos muy bien pintados, por lo demás, que demuestran un profundo sentido de la observación en el autor, ya que no hay nada extraño, exótico y sofisticado en los personajes y, antes bien, son retrato de infinidad de los que todos nosotros frecuentamos a diario. Está el hombre cuya máxima ambición es rodearse de amigos para ahuyentar su soledad, solicitud meramente física ya que espiritualmente es chato como son chatas sus especulaciones comerciales de vuelo corto. Está quien centra su vida en el relato cuantitativo de las botellas que bebe en cada ocasión. Está el inútil integral que vive de convites a cambio de una comida, lo que no le impide proyectar viajes más o menos irrealizables. Y está, por último, aquel que hace del juego de bochas el leit motiv de existir. En cuanto a lo femenino: una ama de casa resignada: una esposa que sueña con el amor y la aventura sin dedicarse a cristalizar su anhelo: una joven casada a quien sus suegros acosan en la vulgaridad mutua más tremenda, y una muchacha con el norte perdido en su infructuosa búsqueda de una salida para su aislamiento.

Todos exponen su problema sin saberlo, a través de una cháchara pedestre, de una realidad abrumadora, en cuyo mensaje Cossa se muestra incuestionablemente feliz por su exactitud y verismo. Flotan, más que se mueven, en un clima de ansias que no es más que una resignada premonición de su impotencia. Y finalizan ese prototípico fin de semana -factor de una multiplicación de mediocridad- disolviendo ese tibio vínculo en el corrosivo apresuramiento de las despedidas fútilmente justificadas por las más prosaicas razones. Huyen unos de los otros empujados por el hastío y un oscuro sentimiento de la trivial insignificancia de la comunicación.

Yiraír Mossián manejó su cuadro actoral con sumo acierto en materia expresiva, haciendo rendir magníficamente a los comediantes. Una cierta lentitud fluye, sin embargo, de su mano, y si bien el clima de la obra exige un hálito de aplastamiento interior, la construcción de la pieza y el diálogo lo dan por sí mismos sin obligación de acentuarlo con pausas temporales. Es observación más que crítica, puesto que, en general, el director se mostró altamente idóneo en cuanto al armado integral.

Juan Carlo Gené diversifica con su faena su ya múltiple personalidad de artista; con su poderosa facultad para transmitir estados de ánimo con la mayor economía de recursos y valiéndose de su lenguaje corporal, dio cabal sensación de autenticidad a su personaje.

Elena Cánepa -su primer trabajo para nosotros- nos deparó gratísima sorpresa puesto que abrigamos el convencimiento de haber estado en presencia de una actriz de gran futuro; su facultad para decir, usar los matices y manejar la voz merece el más franco elogio, Beatriz Alemany es otro elemento joven de promisorio porvenir si se mantiene en la línea de verismo que la distingue. E igual -en cuanto a genuinidad- puede decirse de Bertha Roth y Ethel Agostino, que hicieron gala de gran naturalidad. Federico Luppi encaró muy bien el aventurero de ilusiones. Narciso Bruse estuvo exacto en su papel; José Arriola venció las dificultades de su difícil tipo, y Alberto del Villar, correcto en corta entrada. El decorado único de Sánchez y Aguirre perfectamente adecuado a su finalidad de pintar un interior de casa modesta.

---

La Razón, 18 de abril de 1964  
Un enfoque fiel de un drama  
que nos atañe, en  
“Nuestro Fin de Semana”

“NUESTRO Fin de Semana” es una descripción, una descripción planeada para dar testimonio fiel y minuciosa de un tipo de personaje de nuestro medio sorprendido en el camino de su frustración definitiva. Es un drama de costumbres sin miserias, ubicado en ese sector de la clase media en el que la conciencia de su medianía vital envilece las relaciones humanas y empequeñece las aspiraciones. Los dos actos de la obra de

Roberto Cossa ponen de manifiesto a un nuevo dramaturgo capaz de definir a sus personajes sin necesidad de acudir a una caracterización extrema. Las medias palabras, las leves sugerencias, tienen en el desarrollo de la obra presentada en el Río Bamba, un poder de sugestión que se basta a sí mismo. Queda reflejada así la forma en que el grupo de amigos congregado en una vieja casa de San Isidro trata de desvanecer el peso de un fracaso irremediable. Andan a tientas entre sus frágiles evocaciones tratando de

reencontrar un vigor vital que perdieron. Ahora sólo les resta esa especie de aturdimiento digestivo (comen y beben como héroes) para alcanzar el espejismo de una dicha que no existe. Pueden señalarse como déficit de esta interesante pieza una cierta uniformidad que afecta a la amenidad de la representación. El material humano que

Cossa observa con tanta certeza no es accionado dramáticamente. Apenas quedan esbozos ciertos conflictos basados sobre todo en los puntos de coincidencia o de repulsión entre algunos de los caracteres. El personaje mejor trazado es el de Alicia, en el que Elena Cánepa, desarrolla, sobre todo en la primera parte, una labor comunicativa.

Posteriormente su interpretación se desdibuja y se enfatiza. La labor de Juan Carlos Gené, en el personaje del amigo empeñoso y vulnerable, es franca y natural. Quizá le falte cierta vivacidad que se adivina a través del personaje. Esa falta de vivacidad es uno de los puntos débiles en la inteligente y cuidada puesta en escena de Yirair Mossian. No

hay transiciones rítmicas a lo largo de la representación. En otro sentido cabe destacar que la marcación permite seguir el texto en profundidad. Se utiliza para ello el poder de las pausas y el silencio. Ello va en desmedro, como se señalara anteriormente, de la amenidad de la representación. Bertha Roth compone el personaje más facilitado de la obra. Consigue a pesar de ello darle un interés atendible más allá del lineal desarrollo dramático que sigue. Narciso Bruce, Beatriz Alemany, Ethel Agostino, Alberto del Villar y José Arriola completan un elenco equilibrado cuyos méritos apuntan a la

fidelidad con que lograron transcribir personajes y situaciones cotidianas. La escenografía de Armando Sánchez y Hugo Aguirre señala un ámbito apropiado al espectáculo. Conviene señalar, por último, que tratándose de la primera obra que se conoce de Roberto Cossa, cabe esperar del mismo una producción de interés. Su poder de síntesis es convincente.

---

Panorama, 30 de abril de 1964

Un nuevo autor argentino se ha dado a conocer en la segunda quincena de marzo: se trata del periodista Roberto Cossa (29 años, casado, un hijo nacido junto con el estreno de su obra) de quien el Teatro de los Jóvenes estrenará *Nuestro fin de semana* en la sala de Río Bamba 179.

El tema es inquietante, aunque no se desencadene en escena ningún conflicto dramático: un matrimonio reúne en su casa a un grupo de amigos para pasar el fin de semana. Entre ellos hay un muchacho vividor, desubicado; un empleado municipal cuya única inquietud son los partidos de bochas; su esposa, que da salida a la insatisfacción a través del opio de la televisión, y otros personajes. Durante dos días, buscan en las diversiones una salida al propio fracaso, sin lograrlo nunca por la incomunicación y el desafecto que los separa.

Beatriz Alemany, Ethel Agostino, Elena Cánepa, Julio Gonzáles y Bertha Roth, intérpretes principales de la obra, son en su mayoría actores surgidos del Instituto de Teatro de la Universidad de Buenos Aires, y estudiaron con Juan Carlos Gené, entre otros profesores. Esa circunstancia pesó para que lo invitaran a desempeñar el rol central de la pieza, mientras confiaban la dirección a Yirair Mossian (ex director de OLAT), asistido por Noemí Manzano y Salo Vasochi.

El Teatro de los Jóvenes, compuesto por seis actrices, tres actores y dos escenógrafos, recibió un subsidio del Fondo Nacional de las Artes (\$ 30.000), que agregó a todo lo que pudo recaudar con el teatro para niños (primera realización del conjunto, que viene funcionando desde enero en la sala de Candilejas, con *El sombrero de Clavita*, de Noemí Manzano y Ethel Agostino).

*Nuestro fin de semana* sufrió a su vez la eterna recorrida por distintos teatros (*La Máscara*, *Ift*, etc.), que parece ser el paso inevitable de toda pieza argentina. Pero cayó en buenas manos. El Teatro de los Jóvenes tiene en sus filas jóvenes de espíritu y de tiempo: el mayor cuenta 33 años y el menor 25.

---

Revista Reoplan, 20 de Mayo de 1965  
"Nuestro fin de semana"

Raúl es un corredor de comercio que a los 40 años sigue haciendo planes sobre improbables negocios y recordando incesantemente los momentos más felices de su vida (las once botellas de vino que bebieron en el Tigre el día en que Pedrito se cayó al agua, y cosas por el estilo); no tiene conciencia de su soledad ni de su fracaso, pero le pesan demasiado. Por eso necesita tener siempre amigos a su alrededor, amigos que él convierte en símbolos de la bondad, del éxito o de la alegría de vivir, sin preocuparse

por penetrar o entender los problemas que , a su vez, ellos puedan tener. Raúl ha perdido su vida -él, a veces, lo presiente- un poco confusamente, y es entonces cuando siente miedo, un miedo irreprimible que debe conjurar mediante conversaciones que no sabe cómo emprender que, con seguridad, han de finalizar en un proyecto de ir al río y a cazar el próximo fin de semana.

La pieza abarca desde el mediodía de un sábado hasta el atardecer del domingo siguiente en la modesta casa (alquilada) en que vive con su esposa, una mujer a la que la maternidad frustrada parece haber aplastado hace tiempo y que se ha resignado a ser un poco madre de Raúl. Para ese fin de semana ha invitado a varios amigos, y él es feliz pensando en los momentos que se avecinan; su única y principal preocupación es que algo salga mal.

Esta es la primera obra de Roberto M. Cossa, un argentino de 30 años que conoce muy bien los personajes que maneja. Y, realmente, todos los conocemos. Carlos, un vividor incapaz de afrontar alguna responsabilidad y que no hace otra cosa que apoyarse en viajes -que probablemente nunca existieron ni existirán-. Daniel, un hombre plenamente realizado a los ojos de Raúl a causa de su automóvil y su capacidad para la bebida. Jorge, un oscuro empleado municipal cuya vida gira alrededor del juego de bochas. Las mujeres aparecen descontentas, como si el fracaso, la vulgaridad o la indolencia de sus maridos fueran la causa de sus propias frustraciones.

No hay en “Nuestro fin de semana” una historia. La trama está representada por las triviales conversaciones, las ridículas bromas y, sobre todo, los fugaces recuerdos de los personajes. Después de comprender que entre ellos todo es inútil, se separarán en el crepúsculo del domingo como si cada uno quisiera esconder su propio fracaso.

Si bien ésta es la primera obra de Cossa, su trabajo impresiona como el de un veterano.

Sus personajes están delineados con una precisión y hondura realmente elogiables.

Quizás a la obra le sobren dos monólogos: el de Carlos (el personaje menos creíble de todos), en el cual explica su filosofía vital aunque no consigue dar validez ni humanidad al personaje, que debió ser mantenido en segundo plano, y el de Raúl, innecesario, ya que su carácter, su pequeñez, estaban perfectamente determinados. Pero es debido reconocer que estos dos momentos contribuyen a acentuar aún más el clima opresivo de la obra.

Hay en Cossa una abierta actitud crítica. Su obra refleja profunda decepción ante esos individuos arquetípicos, que no han de cambiar, cuya derrota es ya definitiva. Habrá otros domingos parecidos, con idéntico momentos de alegría simple y riñas absurdas, habrá el recuerdo imborrable de Pedrito con el agua a la cintura y también la pesada carga de la frustración, puesta de manifiesto en cada frase tonta, en cada gesto repetido.

Afortunadamente, esta obra ha tenido un montaje a la altura de sus merecimientos. El Teatro de los jóvenes es una cooperativa de egresados de los cursos de arte escénico de la Universidad de Buenos Aires, a pesar de lo cual la puesta en escena e interpretación de varios papeles han sido confiados a importantes figuras del teatro libre nacional. Yirair Mossian, un director con excelentes trabajos anteriores (“Marido y mujer”, “Tres jueces para un largo silencio”, “El oído privado y el ojo público”), ha dotado a su puesta de un elemento precioso y muy difícil de conseguir: naturalidad. Salvo el diálogo del primer acto entre la esposa de Raúl y su hermana, jugado con una forzada exaltación de sus aspectos dramáticos y sentimentales, el resto de la representación fluye con una coherencia y una espontaneidad irreprochables.

Dentro de un elenco más que correcto no se puede dejar de señalar a Juan Carlos Gené, que brinda con su Raúl otra magnífica demostración de técnica y sensibilidad; Elena

Cánepa, con una presencia escénica, variedad de recursos y sutilezas de expresión realmente admirables en una debutante, y Ethel Agostino, de una naturalidad increíble.

Espectáculos como éste nos llevan a pensar n que no todo está perdido para el movimiento teatral independiente.